

EL HERRERO DE WOOTTON MAYOR
O LA EXPERIENCIA DE VIAJAR A LA TIERRA MEDIA

Un ensayo de Balin Ahenobarbus

Como el protagonista de *El herrero de Wootton Mayor*, los lectores de Tolkien recibimos una estrella élfica que nos sirve de pasaporte al país de las hadas: nos caracterizamos por ser capaces de adentrarnos mediante la imaginación en los lugares, paisajes y enclaves de la Tierra Media, aunque en realidad estemos sentados en el salón de casa o viajando por cualquier sitio que figura en los mapas de nuestro mundo. Este ensayo se propone desentrañar esa capacidad mágica, por evocadora, que poseen las obras de Tolkien, con el mencionado cuento como principal referencia.

Es frecuente que, al viajar, recordemos lugares que ya conocíamos previamente, y los comparemos con el paisaje que se despliega en ese momento ante nuestros ojos. Lo que resulta singular es que nos acordemos de un sitio donde no hemos estado jamás porque no existe, pero que sin embargo se nos aparece en la memoria con la misma autenticidad de lo real. Caminando bajo una fuerte lluvia, en ruta por un sendero que termina en una cascada imponente, mi cabeza se traslada del espacio que ocupan mis pies, ubicable en la cartografía de la realidad, hacia los cuadrantes imaginarios de la Tierra Media. Estoy en los alrededores de El Gasco, en Las Hurdes, al norte de Cáceres, pero tengo la sensación de encontrarme en el Valle del Arroyo Sombrío, al otro lado de las Puertas de Moria donde los miembros de la Compañía del Anillo lamentan la desaparición de su guía, mientras contemplan la cascada y el Lago Espejo con más pesar que regocijo. Me sorprende pensar que conozco igual o mejor la geografía del mundo de Tolkien que los lugares que he visitado a lo largo de mi vida. Y como mi caso no es extraordinario, sino compartido por los muchos lectores del profesor Tolkien, me dispongo a explorarlo a través de este viaje por su literatura.

1.- El viaje como un don, según *El herrero de Wootton Mayor*

En el pueblo de Wootton Mayor es costumbre celebrar una fiesta cada veinticuatro años, a la cual son invitados otros tantos niños. La principal atracción de la fiesta, preparada por el Cocinero Mayor con la ayuda de su Aprendiz, es la Gran Tarta, que esconde veinticuatro pequeñas sorpresas a modo de regalo. Sin embargo, en esta ocasión hay algo más en el interior de la tarta, una estrella mágica que se ha empeñado en incluir el Aprendiz.

*“¡No! ¡Se me olvidaba! –dijo el Cocinero–. Esta tarde hay veinticinco. Hay también una estrellita de plata con una magia especial, o eso dice el señor Aprendiz. Así que tened cuidado. Si os rompéis con ella uno de esos preciosos dientes, la estrella mágica no os lo podrá arreglar. De todas formas, espero que dar con ella os traiga una ventura especial”.*¹

El afortunado niño que engulle la estrella descubrirá en su etapa adulta, ya convertido en el herrero que da título a la narración, que tiene la facultad de viajar al país de las hadas. Lo hace además sin pretenderlo, y sin necesidad de atravesar una puerta mágica o frontera específica que marque el paso del mundo real al de la fantasía. Sencillamente, a base de caminar y caminar se descubre a sí mismo en lugares asombrosos, donde conoce a seres de fábula y recorre parajes singulares.

*“Algunas de sus visitas más breves transcurrían con la sola contemplación de un árbol o una flor; pero después, durante viajes algo más largos, había visto cosas hermosas y al tiempo terribles, que luego no lograba recordar con claridad ni describir a sus amigos, aunque sabía que se mantenían vivas en su corazón. Pero de otras cosas no se olvidaba, y perduraban en su mente como maravillas y misterios que rememoraba con frecuencia”.*²

En uno de tales viajes conoce a la Reina de Fantasía, que en un principio oculta su verdadera identidad al herrero y se muestra ante él como una hermosa dama élfica que baila en mitad del bosque. La similitud de esta escena con la del primer encuentro entre Beren y Lúthien en *El Silmarillion* nos

¹ Tolkien, J.R.R. *El herrero de Wootton Mayor*. En: *Cuentos desde el Reino Peligroso*. Minotauro (Booket), 2010. Pág. 229.

² Op. cit. Pág. 232.

habla de la importancia que el autor concede a los recuerdos, ya que este encuentro está a su vez basado en un episodio de la relación del mismo Tolkien con su esposa Edith, que bailaba en el claro de un bosque mientras él la dibujaba.³

De regreso a su hogar tras haber bailado y conversado con la Reina, el herrero muestra a su familia una flor, regalo de la Reina, que brilla con luz propia y que hace parecer un gigante a su portador:

*“La flor no se marchitó, ni perdió la luz; y la conservaron como un secreto y un tesoro. El herrero hizo un pequeño cofre con cerradura, y allí la guardaron, y la familia se la fue transmitiendo de generación en generación; y los que heredaban la llave solían abrir a veces el cofre y se quedaban contemplando la Flor Viva hasta que la tapa volvía a cerrarse: porque no elegían ellos el momento en que esto ocurría”.*⁴

La flor mágica simboliza tanto la facultad que poseen los recuerdos para surgir de forma imprevista como también nuestro empeño en conservarlos, especialmente aquellos que se transmiten de padres a hijos y que evocan el esplendor de tiempos pasados. De este modo, la flor, que es uno de los dones que recibe el herrero en sus viajes, representa la capacidad de recordar nuestras lecturas y de sentir que “habitamos” los lugares que hemos recorrido en compañía de los personajes inventados por Tolkien (o por otro autor, desde luego, aunque esto se aplica particularmente a Tolkien dados el nivel de detalle y la profundidad que concedía a su mundo de ficción). Y, como señalábamos al comienzo de este ensayo, el recuerdo de haber transitado la Tierra Media u otros parajes creados por Tolkien constituye una especie de misteriosa habilidad que poseemos sus lectores. En cierta manera, cada vez que regresamos de un paseo por sus páginas traemos con nosotros una flor élfica que guardamos entre las estanterías de nuestra biblioteca, y es esa flor o su resplandor o su aroma lo que a veces se nos viene a la cabeza y que recuperamos, inesperadamente, cuando viajamos por tal o cual sitio del mundo que hollan nuestros pies.

³ Segura, Eduardo. *J.R.R. Tolkien: el mago de las palabras*. Casals, 2011. Pág. 59.

⁴ Tolkien, J.R.R. *El herrero de Wootton Mayor*. En: *Cuentos desde el Reino Peligroso*. Minotauro (Booket), 2010. Pág. 236.

El tiempo pasa y llega la hora en la que el herrero deberá deshacerse de su estrella mágica, en un gesto que recuerda a la escena en la que Bilbo accede finalmente a la petición de Gandalf de dejar atrás el Anillo, antes de abandonar La Comarca. Como un padre que transmite a sus hijos su pasión por los libros, en el cuento que nos ocupa el herrero tiene que desprenderse de la estrella para que vaya a parar a otro niño en la próxima fiesta de los veinticuatro, y reanudar así el ciclo de las visitas a Fantasía.

En la medida en que los elfos representan para Tolkien lo mejor que hay en los humanos, la parte más bella de nosotros mismos (hay numerosos ejemplos en sus obras, como el hecho de que los Dúnedain sean los más longevos, sabios y capaces de entre los Hombres porque hay sangre élfica en sus venas), resulta significativo que en *El herrero de Wootton Mayor* los dones que el herrero obtiene sean de factura élfica: la estrella que le permite viajar al Reino de Fantasía, y la flor que activa los recuerdos y la memoria de lo maravilloso. Tanto una cosa como la otra llegan a manos del herrero gracias al Aprendiz, que hacia el final del relato acaba revelándose como el mismísimo Rey de Fantasía: de incógnito, haciéndose pasar por uno más de los apacibles habitantes de Wootton Mayor, el Rey de los Elfos se ha dedicado durante generaciones a salvaguardar la capacidad de soñar de sus vecinos.

No obstante, el don más importante que recibimos los lectores a partir de la inevitable identificación con el herrero es el de viajar, entendido tanto en su forma literal, puesto que caminando podemos trasladarnos a lugares muy distintos de nuestro entorno, como en sentido figurado, hacia destinos de ficción pero que reconocemos como propios, como si realmente hubiéramos vivido en ellos. Y es que el acceso mágico simbolizado por la estrella, que franquea al herrero la entrada al país de las hadas, funciona también como metáfora del acceso a otros mundos que permite la literatura. Leyendo a Tolkien hemos atravesado los parajes helados de Helcaraxë, nos hemos perdido en el bosque de Fangorn, llegamos navegando hasta la isla de Númenor, tuvimos que darnos la vuelta al no poder cruzar las Montañas Nubladas y, tras superar la insondable oscuridad de Moria, nos vimos reflejados en las aguas del Lago Espejo, junto a la cascada que baja serpenteando por la Escalera del Arroyo Sombrío.

Si la estrella élfica equivale al libro como guía hacia los paisajes de la ficción en general y a la obra de Tolkien en particular, no parece nada descabellado aventurar que el personaje del Aprendiz representa al propio Tolkien, aunque es probable que él hubiera rechazado tal honor para identificarse con el modesto pero sabio padre de familia que es el herrero. Al mismo tiempo aprendiz y cocinero y Rey de Fantasía, como habitante de Wootton Mayor se dedica a velar por el buen uso de la estrella mágica y a asegurarse de que ésta pase a un nuevo niño que tendrá oportunidad de conocer y explorar el país de las hadas; es decir, que podrá “despertar” en el mundo de la imaginación. Como Rey de Fantasía, Tolkien es el autor, el sub-creador⁵ de esa Gran Tarta que los lectores devoramos con pasión para adentrarnos en su universo fantástico. Es aquel que despliega el mito, los ingredientes de la narración y el succulento festín que supone todo ese conjunto de regiones, lenguas y pueblos que inventa para nosotros, los habitantes de una aldea cualquiera que, tanto en la infancia como en la edad adulta, estamos dispuestos a dejarnos guiar por él. Y todo ello a pesar de quienes se muestran incapaces de viajar en su sentido más amplio, representados en el cuento por la figura de Nokes, antiguo Cocinero Mayor, el cual se burla tanto de las capacidades mágicas de la estrella como de la existencia de Fantasía.

En palabras de la Reina de los Elfos, dirigiéndose al herrero:

“—No te aflijas por mí, frente Estrellada —dijo—, ni te avergüences demasiado de tu propia gente. Acaso valga más una figurilla que el total olvido de Fantasía. Para algunos ése es el único atisbo; para otros es el despertar”.⁶

2.- La importancia de caminar para Tolkien

Hay en *El herrero de Wootton Mayor* claros paralelismos con otros pasajes de la obra de Tolkien y con la propia vida del autor. Tolkien se deleitaba caminando por el campo, ya fuera en los alrededores de Oxford o

⁵ “Sub-creación” es un término usado por Tolkien para referirse a la invención de mitos y de mundos fantásticos, en la medida en que el ser humano puede imitar la capacidad creativa divina.

⁶ Op. cit. Pág. 238.

recorriendo el Addison's Walk⁷, a solas o en compañía de su familia o de sus amistades. A buen seguro que durante estos largos paseos Tolkien se sentía trasladado a los mundos que habitaba en sus lecturas y en sus creaciones literarias, como si estuviera en posesión de la estrella élfica del herrero. Caminar es probablemente la acción que mejor identifica a varios de los personajes fundamentales de su narrativa: Gandalf, que no en vano es llamado el Peregrino Gris, camina de un extremo a otro de la Tierra Media apoyado en su bastón, la herramienta básica del caminante. Trancos, el que camina a grandes zancadas, es el apodo por el que conocemos en primer lugar a Aragorn, antes de saber que pertenece a un linaje de reyes. El buen viejo Bilbo, una vez que ha dejado atrás sus aventuras y la pesada carga del Anillo, tan sólo desea caminar tranquilamente hacia Rivendel, para solazarse en una última y apacible caminata:

“–¡Qué alegría! ¡Qué alegría partir otra vez, estar en camino con los enanos! ¡Años y años estuve esperando este momento! ¡Adiós! –dijo mirando a su viejo hogar e inclinándose delante de la puerta–. ¡Adiós, Gandalf!

[...] En seguida, en voz baja, como para sí mismo, se puso a cantar en la oscuridad:

*El Camino sigue y sigue
desde la puerta.
El Camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo,
recorriéndolo con pie decidido
hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí adónde iré? No podría decirlo”.*⁸

En la obra de Tolkien los protagonistas no solamente caminan y viajan de uno a otro confín, sino que los lugares que atraviesan son de una gran importancia para la narración: casi podría afirmarse que son personajes por sí mismos. Esto se evidencia especialmente en *El Señor de los Anillos*, donde el estado de ánimo de los héroes se ve influido continuamente por el entorno, y

⁷ Sendero que atraviesa los terrenos pertenecientes al Magdalen College de Oxford, donde residía el gran amigo de Tolkien y también escritor C.S. Lewis. Ambos acostumbraban a pasear por allí y mantener largas conversaciones, en ocasiones junto a otros colegas.

⁸ Tolkien, J.R.R. *Una reunión muy esperada*. En: *El Señor de los Anillos*. Minotauro, 1993. Pág. 48.

en ocasiones se dirigen a los accidentes orográficos como si éstos pudieran hablarles de vuelta. Así sucede con el pico Caradhras, la cumbre más alta de las Montañas Nubladas, a la que la Compañía del Anillo atribuye la voluntad de haberles impedido el paso, condenándolos al funesto destino de atravesar las Minas de Moria:

*“–O Caradhras menos cruel –dijo Gimli–. ¡Helo ahí, sonriendo al sol! Amenazó con el puño al más distante de los picos nevados y dio media vuelta”.*⁹

Así pues, el uso habitual de la prosopopeya en Tolkien convierte a ciertos elementos de la naturaleza y del paisaje en un personaje más con atributos humanos, ya tenga la crueldad del monte Caradhras o la hostilidad de las Ciénagas de los Muertos, o por el contrario, suponga la compañía revitalizadora del bosque de Lórien.

¿Y no es así como actuamos también los lectores de Tolkien al viajar? Como los hobbits al internarse en el Bosque Viejo, cuando paseamos bajo la densidad de los árboles nos dejamos llevar por la ilusión de que pudieran estar susurrando entre ellos, amenazantes como ucornos; y quién sabe si ese viejo roble sería capaz de desperezarse poco a poco hasta revelarse ante nuestros ojos maravillados como un ent, que tras unos minutos de hondo carraspeo acabaría por decirnos que no estamos en ninguna de sus listas. Como Húrin y Huor al divisar los muros de Gondolin, cuando pasamos al otro lado de unas montañas estaríamos encantados de poder contemplar el esplendor de la legendaria ciudad élfica, antes de que un destino aciago se cierna sobre ella. Si alguno de nosotros ha tenido la ocasión de llegar hasta las inmediaciones de un volcán, seguro que su mente se ha trasladado enseguida al Monte del Destino, más allá de toda esperanza, para preguntarse qué habría hecho él en el lugar de Frodo, con tanta responsabilidad sobre sus hombros. Y al caminar por cierto prado de verdes montículos, sin necesidad de que el parecido con La Comarca de nuestra imaginación fuera muy grande, habremos pensado en cómo quedaría una puerta redonda bajo la colina, que condujese al interior de Bolsón Cerrado.

⁹ Tolkien, J.R.R. *Lothlórien*. En: *El Señor de los Anillos*. Minotauro, 1993. Pág. 358.

En cualquier caso, y además de leer, caminar es la manera que tenemos de viajar a la Tierra Media y al resto de destinos fabulosos creados por Tolkien. Una vez conocida su obra, los lectores no tenemos que volver necesariamente a sus páginas como requisito imprescindible para sentirnos de regreso: nos basta con la imaginación y una buena caminata por la naturaleza, pues casi cualquier sitio del ancho mundo (montes, ríos, valles, lagos, bosques, volcanes) tiene su equivalente en la vasta geografía “tolkieniana”.

3.- Viajar por la Tierra Media es viajar en el tiempo

Si bien es cierto que *El herrero de Wootton Mayor* no sucede en la Tierra Media, sino en un lugar indeterminado, dentro de lo que parece ser una recreación de la campiña inglesa previa a la Revolución Industrial (algo que también podría afirmarse del hogar de los hobbits en La Comarca), comparte con la obra emblemática de Tolkien una característica singular: el hecho de que trasladarse a determinados parajes suponga que el tiempo transcurre de manera diferente al “mundo real” del que se proviene. En Lórien, que es posiblemente el emplazamiento más mágico o más cercano al cuento de hadas de entre los muchos que constituyen la Tierra Media, la Compañía del Anillo tiene la sensación de que el tiempo se hubiera detenido durante su estancia allí:

“—Anoche se cumplía una semana de viaje, y he aquí que se aparece una luna nueva, tan delgada como una raedura de uña, como si no hubiésemos pasado un tiempo en el país de los Elfos. Bien, recuerdo que estuvimos allí tres noches al menos, y creo recordar muchas otras; pero juraría que no pasó un mes. ¡Uno casi podría pensar que allá el tiempo no cuenta!

*—Y quizá así era —dijo Frodo—. Es posible que en ese país hayamos estado en un tiempo que era ya el pasado en otros sitios”.*¹⁰

Los elfos de Lórien son por tanto capaces de alterar el transcurso del tiempo, en parte gracias a la magia, y quizá también debido a su hospitalidad y a la inconmensurable belleza de su hogar entre los árboles. De esta manera,

¹⁰ Tolkien, J.R.R. *El Río Grande*. En: *El Señor de los Anillos*. Minotauro, 1993. Pág. 417.

Tolkien convierte en algo tangible la sensación que cualquiera puede tener cuando está enfrascado en alguna actividad particularmente divertida o absorbente, o cuando viaja a un lugar donde disfruta tanto que las horas pasan con tal celeridad que parecen volar. Las vacaciones siempre se nos antojan demasiado cortas, el tiempo agradable entre amigos pasa demasiado rápido. Por contraste, la vida cotidiana suele resultar pesada, lenta, y el tiempo de la rutina alargarse y dilatarse cual reloj pintado por Dalí.

Tolkien era bien consciente de todo ello y, además de trasladarlo a la ficción como algo que sus personajes pueden percibir y diferenciar, destaca este asunto en un ensayo que acompaña a la última edición en inglés de *El herrero de Wootton Major*:

*“Esto sucede especialmente tras vernos absorbidos (sobre todo con un interés intenso y normalmente también con placer) en cosas tales como la lectura, el teatro, las celebraciones y los encuentros con amigos. A menudo he dicho que esta idea tiene que haber surgido en las tabernas: en ningún otro sitio el tiempo ‘vuela’ tan rápido, comparado con la vida diaria, como cuando estás sentado bebiendo y conversando con buenos amigos en una taberna”.*¹¹

Es conocida la pasión de Tolkien por las reuniones o tertulias literarias con sus amistades, una pasión habitual entre escritores de todas las épocas. Todavía hoy puede visitarse en Oxford el pub The Eagle & Child, donde se citaban con frecuencia los Inklings, el grupo de literatos y académicos del que también formara parte C.S. Lewis. En algunos de estos encuentros Tolkien leía fragmentos de las obras en las que estaba trabajando para buscar la opinión y el refrendo de sus amigos, integrando así “el tiempo veloz” de las tabernas en su propio proceso creativo. Sin embargo, a lo largo del citado ensayo Tolkien contrasta esta sensación de tiempo acelerado con otra posibilidad, la de que la naturaleza del tiempo en la ficción sea más lenta que su equivalente terrenal, como ocurre con los sueños y con las narraciones: una larga excursión onírica sucede en escasos minutos o incluso en unos pocos segundos pero en el recuerdo creemos haber pasado horas soñando y, del mismo modo, relatar una anécdota o una vivencia personal suele llevar bastante más tiempo que la

¹¹ Tolkien, J.R.R. *Smith of Wootton Major essay*. En: *Smith of Wootton Major*. Harper Collins, 2005. Pág. 114. Traducción propia.

experiencia en sí. Tolkien compara las visitas del herrero al país de las hadas con los sueños, ya que durante sus viajes el tiempo se alarga notablemente:

*“[El herrero] puede demorarse en Fantasía mucho más tiempo del que supone su ausencia para el mundo; en sus largos viajes basta una ausencia de, digamos, una semana, para que las experiencias y la exploración de Fantasía sean el equivalente a meses o incluso años”.*¹²

Ya sea porque transcurre más rápido como al leer un buen libro o en las reuniones entre amigos, o más lento como en los sueños o en los bosques de Fantasía y de Lórien, está claro que la percepción temporal se ve alterada durante aquellas actividades que suscitan nuestro entusiasmo. Viajar por los mundos creados por Tolkien es sin duda una de tales actividades. Pero este viajar por el Reino de Fantasía o por la Tierra Media no acontece solamente mientras estamos leyendo sus obras, también cuando rememoramos esas lecturas: a través de los recuerdos, podemos regresar a aquellos parajes a voluntad, y en el recuerdo el tiempo se ve igualmente alterado; es ese solapamiento entre realidad y ficción, al que nos referíamos al inicio con la excursión a cierta cascada que nos trasladaba a la del Valle del Arroyo Sombrío, el que capacita a los lectores de Tolkien para ser, a nuestro modo, como Frodo, Sam y compañía, que viven unos días al margen del tiempo en Lothlórien, o como el herrero que con su estrella élfica es capaz de perderse a la vez que se encuentra a sí mismo en el país de las hadas.

Tras la aventura, el destino último del viajero es la vuelta a casa, detalle que Tolkien no descuida ni en *El Hobbit* ni por supuesto en *El Señor de los Anillos*. Ninguna de estas dos obras finaliza con el característico clímax o enfrentamiento final entre héroes y antagonistas. En el primer caso, después de la Batalla de los Cinco Ejércitos sabremos del regreso de Bilbo a su hogar en Bolsón Cerrado, que a punto está de perder a manos de sus primos los Sacovilla Bolsón, y de una postrera visita de Balin y de Gandalf que, ahora sí, cierra por fin la novela. En cuanto al desenlace de *El Señor de los Anillos*, a pesar de haber acabado con la terrible amenaza de Sauron y su Anillo Único, los hobbits habrán de lidiar con la mezquindad de Zarquino y sus secuaces, que han puesto patas arriba La Comarca hasta volverla casi irreconocible.

¹² Op. cit. Pág. 113. Traducción propia.

Al regresar a La Comarca o al pueblo de Wootton Mayor, es decir a nuestra casa dondequiera que esté, la experiencia del viaje nos acompaña y nos hace más sabios: entendemos que caminando se puede llegar muy lejos, que el tiempo es relativo cuando se disfruta de los pequeños placeres de la vida, y que en ocasiones no hace falta siquiera caminar a grandes trancos ni tampoco apoyándonos en un bastón: es suficiente con dejar volar la imaginación, y el resto llega como un regalo.

BIBLIOGRAFÍA

Carpenter, Humphrey. *Los Inklings*. Homo Legens, 2008.

Savater, Fernando. *La infancia recuperada*. Alianza, 2005.

Segura, Eduardo. *J.R.R. Tolkien: el mago de las palabras*. Casals, 2011.

Tolkien, J.R.R.

- *Cuentos desde el Reino Peligroso*. Minotauro (Booket), 2010.
- *El Hobbit*. Minotauro, 2013.
- *El Señor de los Anillos*. Minotauro, 1993.
- *El Silmarillion*. Minotauro, 2011.
- *Smith of Wootton Major*. Harper Collins, 2005.